

la facilidad de su acceso o por ser más hermosas de *apariencialidad*, más vistosas e incluso más coquetas, no siendo este tipo las que a él le atraen. Es decir, no serán Granada ni Sevilla, pero tampoco Burgos ni Toledo, las que imantan sus pasos; mucho menos la «trivialísima San Sebastián, muy limpia, muy linda, muy bien adobada, muy alegre, muy hospitalaria y muy insignificante», decía, arremetiendo de pasada contra la moda de los veraneos aristocráticos y sentimentales, antiparadigma de lo que en verdad interesaba a un viajero todavía muy romántico en alguna de sus facetas pero que también rechaza lo pintoresco amanerado y canonizado. Por ello, del mallorquín Deyá escribe:

Hase de él dicho que es como uno de esos pueblecillos de nacimiento de cartón, y cabría pensar que lo ha ideado y ejecutado aposta una sociedad para el fomento del turismo. Es en su género –el pintoresco– un modelo. No comprendo cómo no se ha popularizado ya, como esos otros pueblecillos de los bordes de los lagos suizos o italianos, o de la cornisa francesa, o de los alrededores de Nápoles, cuyos retratos, más o menos fantaseados, y con una romántica luna, entre nubes no pocas veces, figuran en tantos comedores de posadas. Porque Deyá está pidiendo el cromo, así como sus calas piden el cuadro fuerte, que haga presa en la Naturaleza.

No será él sin embargo quien pinte ese cromo porque, frente a tales estampas, Unamuno prefiere las captadas en Zamora, León, Palencia, Soria, Santiago, Cuenca o Ávila, por ser estas ciudades –con Alcobaça y Guarda, en Portugal– las menos profanadas por el turismo y por la trivial admiración de los veraneantes. En 1906, Unamuno creía que España, en su verdadero pintoresquismo, estaba aún por descubrir. De ahí que, para sus andanzas elija, con Salamanca a la cabeza de ellas, las ciudades de provincia menos vulgarizadas, cuya belleza y personalidad se propone eternizar, consciente de que un lugar tendrá más realidad y más alma si ha sido mirado y sentido por un artista, si ha entrado en el orbe estético; es decir, re-creado y, por consiguiente, eternizado.

Y si España es todavía tan poco y tan mal conocida en su aspecto pintoresco –lo que a ese respecto corre por ahí no son, de ordinario, sino disparates– débese a la falta de escritores de mérito, amenos a la vez que concienzudos, que la descubran a los curiosos amantes de esas cosas. España no ha tenido todavía para el público de lengua inglesa, que es el que más viaja, un Ruskin o un Symonds, como los ha tenido Italia. Y si hay una concurrencia tan grande de turistas ingleses y yanquis en Granada, se debe, ante todo

y sobre todo, a *Washington Irving*, que la ha popularizado revistiéndola con los colores románticos y un poco fantásticos de la morería novelesca.

Ahora bien, ni la ciudad de provincia, como concepto, ni tampoco los «pueblos de la vieja Castilla», así en general –e incluso añadiéndoles los matices comentados: no vulgarizadas por el turismo ni divulgadas por la literatura o el periodismo de viajes y alejadas de los caminos de hierro–, acaparan las andanzas de Unamuno, amante entusiasta de lo que él llamaba lugares o pueblos *terminales*: los que no conducen a ningún sitio porque no pertenecen ni forman parte de una ruta y son en sí mismos destino o término del viaje –«aquellos al llegar a los cuales no hay sino volverse por donde a ellos se haya ido»–; pueblos que son como «remansos de vida pública a la orilla de las grandes corrientes humanas, y tal vez no lejos de alguna cascada social», donde «transcurre la vida más íntima, más llena de contenido propio». Al viajero le bastará con llevarse allí «rica provisión de espiritualidad y resortes íntimos para el trabajo mental, cordial e imaginativo», y a menudo lo vemos caminar y cavilar por esos retiros de remanso llamados Brianzuelo de la Sierra, Cuacos, Moreruela, Casar de Palomero, Pinofranqueado, Aguilar de Campoo, Fermosella, Palenzuela, Chinchilla de Monte Aragón, etc.:

Trazo, lector, con sosiego y holgura estas líneas en un lugar de mi Castilla rayana a Extremadura, de esos terminales de ir, quedarse y volver y no de ir, pasarse y seguir. En uno de esos que son como remansos de espacio, de tiempo y de pensamiento, que convidan a ver más que a discurrir. Bien que, ¿hay acaso visión que no empuje al discurso? [...] De estos lugares –aldeas, villas y aun ciudades– terminales quedan todavía bastantes en nuestra España, llena de nudosos rincones y recodos geográficos. O en un cabo de costa o en una falda de montaña serrana. Mas el rodar de la Historia va gastando su extrañeza extrañada. Los modernos medios de transporte y comunicación les descomulgan de la tradición castiza. La vida de industria y comercio influye a los que, junto a las líneas férreas por lo común, ofrecen conveniencias mayores al tránsito y al tráfico.

Mención especial requiere el móvil de la belleza que se desprende de una palabra, una imagen o un símbolo, porque sabido es que los escritores son criaturas especialmente vulnerables a la melodía de las palabras, y hay lugares cuyos nombres, por algún accidente de la historia o por una feliz asociación de ideas, tiene

una magia propia y suscita un sinfín de fábulas, sueños o recuerdos. Nadie que no se regocije con la música de los nombres puede estar en condiciones de gustar de la literatura, afirmaba el joven Stevenson que en 1879 cruzaba los bosques y praderas de los Estados Unidos, país donde la toponimia le ofrecía la más rica, poética, humorística y pintoresca muestra imaginable porque en aquellas tierras todas las épocas, razas y lenguajes contribuyeron a ese magnífico despliegue verbal: «Pekín se halla en el mismo estado que Euclides, Bellefontaine y Sandusky», anota, y «los nombres de los estados y territorios forman un coro de vocablos dulces y románticos: Delaware, Ohio, Indiana, Florida, Dakota, Iowa, Wyoming, Minnesota y las Carolinas», hasta el punto –prosigue Stevenson– de que «si el nuevo Homero surgiera en el continente occidental, sus versos se verían enriquecidos y sus páginas cantarían espontáneamente con los nombres de estados y ciudades que despertarían la imaginación aunque uno los leyera en una circular comercial».

Sí, estos Ulises modernos *están siempre en palabras*, como nos recuerda un Cees Nooteboom a quien los nombres de los pueblos burgaleses le suenan como un poema –Hontoria del Pinar, Huerta del Rey, Palacios de la Sierra, Cuevas de San Clemente, Salas de los Infantes, Castrillo de la Reina–; que también cree poder cantar como un poema musical ciertos nombres de la isla Gomera donde aún resuena el eco de sus primitivos habitantes, los guanches –Cabeza de Pajarito, Charco de los Machos, Lomito del Loro, Cueva de las Palomas–; o que al atravesar las tierras de Soria va dejando correr lentamente por su lengua algunos nombres, paladeándolos –La Almunia de Doña Godina, Alhama de Aragón, Laguna Negra de Urbión–: nombres de pueblos, pasos, superficies y corrientes que «yacen como una cadena de joyas verbales». Más adelante, por tierras cidianas y sanjuanistas –recorriendo Elda, Novelda, Caravaca, Cenegín–, vuelve Nooteboom a sentir que los nombres «quieren algo, murmuran y susurran con su linaje olvidado, juntos son el alma de la sierra, un mar donde las olas tienen nombres».

Estos Ulises están siempre en palabras y la mayoría aspira a vivir la belleza y la magia de algunas, que desde luego no son intercambiables entre los viajeros pues no siempre unos mismos

nombres impresionan de igual modo a todos ellos, ni mucho menos se detienen sólo ante los más consagrados. Porque si Alejandría es para Rafael Chirbes el fulgor de un nombre «que se me apareció como una construcción de la mente sobre la constancia del aire y del agua y de la luz mediterráneas», el nombre oscuro y vago de Mondoñedo también será para Álvaro Cunqueiro «una deliciosa y sentimental fantasía». Esta reacción ante el sutil e imaginario poder de algunos nombres y el profundo efecto emocional que les producen tiene múltiples manifestaciones en los viajeros modernos. Por los caminos escandinavos, a Carmen de Burgos le impresionaban mucho más los nombres que los lugares: Gotta, Goteborg, Gothia o Gotaelf le parecían «un solar de la raza humana» que en parte es también «un solar de nuestra raza» porque «los godos, los conquistadores de Occidente, los bárbaros que hollaron con las patas de sus caballos el soberbio Capitolio de Roma, salieron de aquí», donde la viajera adquiere una visión completa y justa de aquella cantinela que tantas veces escuchara de labios del maestro en la escuela –«Vinieron los bárbaros del Norte», representándose entonces a caballo, desnudos y feroces–, pues en el escenario natal le resultan mucho más humanos y comprende lo que su ida a Europa tuvo de epopeya digna de ser cantada y también lo que su gesta tuvo de empresa heroica y romántica. En Pablo Neruda, la exaltación y el éxtasis pueden sobrevenir en México, oyendo los nombres hemisféricos y ásperos que los dioses dejaron allí de herencia –«sílabas de misterio y esplendor..., sonidos aurorales»– o en los cerros de Valparaíso, cuyos nombres –de la Rinconada, de la Lobería, de las Jarcias, de la Calahuala, de los Chercanes o del Pajonal– «tienen raíces y radícula, tienen aire y aceite, tienen historia y ópera: tienen sangre en las sílabas». Sí, el poeta Pablo Neruda, ante la maravilla de *Ulan Bator*, confiesa vivir en los bellos nombres «como en mansiones de sueño que me estuvieran destinadas. Así he vivido, gozando de cada sílaba, en el nombre de Singapur, en el de Samarkanda. Deseo que cuando me muera me entierren en un nombre, en un sonoro nombre bien escogido, para que sus sílabas canten sobre mis huesos cerca del mar». Sin tanta retórica, pero dando de lleno en la razón vital y verdaderamente poética de la poderosa motivación que en algunos viajeros tiene la toponimia, Álvaro